



MARTIN SCHIAPPACASSE

## La representación política y la coyuntura electoral de 2015

POR SEBASTIÁN MAURO

Doctor en Ciencias Sociales y licenciado en Ciencia Política (UBA). Actualmente se desempeña como investigador asistente del CONICET, como docente de la Carrera de Ciencia Política y como director del centro de estudios en Ciudadanía, Estado y Asuntos Políticos (CEAP). Entre sus principales publicaciones se encuentran: "The Movement of Popular and Neighborhood Assemblies in the City of Buenos Aires", en *Latin American Perspectives* (junto a Federico Rossi); "La fragmentación de las solidaridades políticas en las democracias contemporáneas: procesos de identificación y diferenciación", en *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*; "Transformaciones en la política argentina. La conformación del peronismo no kirchnerista como coalición partidaria nacional (2005-2009)", en *Revista de Investigación Social*; "La tematización de la corrupción como clivaje de la política argentina en los noventa", en *Estudios Sociales. Revista de Investigación Científica*.

**A** más de doce años de los comicios que llevaron a Néstor Kirchner a la presidencia y cerraron un período de profunda crisis económica, social y política, las elecciones presidenciales de 2015 instalan nuevamente una escena en la que coaliciones sociales opuestas compiten por la instalación de dos modelos políticos, económicos y hasta culturales antagónicos.

El hecho de que las elecciones presidenciales adquieran este carácter dramático y crucial es el mejor indicador de la buena salud de nuestra democracia, en contraste con las democracias avanzadas europeas. Como viene señalando recurrentemente Chantal Mouffe, la convergencia centrista (o, mejor dicho, neoliberal) de las opciones políticas en los países de Europa occidental ha dado lugar a democracias donde el conflicto político está ausente (con la consecuente desafección ciudadana) o donde éste se manifiesta por fuera de las identidades democráticas, como sucede con los liderazgos emergentes de la derecha xenófoba.

La Argentina ha atravesado períodos de dicha indiferenciación política, y fue la movilización social antiparti-

daria la que forzó el retorno del antagonismo político a la esfera partidaria. No obstante, durante la larga década kirchnerista, la disputa entre modelos o *proyectos* se ha desarrollado deficientemente en la competencia interpartidaria, privilegiando otras arenas y temporalidades de conflicto político. Las movilizaciones en contra del cambio del régimen de retenciones a las exportaciones agrícolas de 2008 cristalizó la imagen de dos grupos sociales antagónicos, en los cuales las corporaciones económicas y de medios fueron identificadas como la oposición efectiva a la coalición social kirchnerista y a su programa de reformas, de manera análoga a las otras experiencias progresistas en la región. Luego de sucesivos conflictos durante los gobiernos de Cristina Fernández, se volvió manifiesto que los sectores sociales opuestos al kirchnerismo tenían capacidad para limitar iniciativas reformistas e incluso para erosionar la legitimidad del gobierno nacional, pero carecían de representantes competitivos en la arena electoral.

El ciclo de rápido ascenso y deterioro de nuevos liderazgos opositores (como lo fueron Ricardo López Murphy ►

► o Elisa Carrió), sumado a la incapacidad de sectores del peronismo disidente y del radicalismo para construir alternativas partidarias viables, configuraron una dinámica en dos tiempos, según la cual se alternaron períodos de deterioro de la imagen presidencial (con las consecuentes derrotas electorales en los comicios de medio término de 2009 y 2013) con coyunturas en las que se manifestó una inmensa adhesión popular al oficialismo. Como ejemplo, Cristina Fernández conquistó y retuvo la presidencia por los márgenes electorales más holgados desde el retorno de la democracia.

La dinámica política de la década, entonces, verifica lo que Juan Carlos Torre señaló tempranamente: la crisis de representación política que dominó las interpretaciones politológicas sobre la crisis de 2001 persiste sólo en un sector del campo político argentino. El kirchnerismo en el gobierno ha configurado un movimiento político popular y complejo, con el sector mayoritario del peronismo como columna vertebral, que cuenta con canales informales de participación de la ciudadanía a través de distintos tipos de organización social y partidaria, con un liderazgo reconocido y una agenda reformista. El otro polo del campo político (que incluye a sectores no peronistas y también a variados grupos peronistas disidentes) se organiza en torno de una agenda negativa, enunciada desde sectores ajenos a la política partidaria. Como ya han señalado numerosos análisis, la dependencia absoluta de los referentes políticos de oposición respecto del discurso de las corporaciones ha sido la principal causa de su recurrente fracaso en la disputa interpartidaria.

Sin embargo, en la coyuntura actual, la restricción constitucional para la reelección de Cristina Fernández configura un escenario inédito en la experiencia democrática argentina, donde las expectativas de los actores se modifican sustancialmente. Su novedad puede identificarse al menos en dos aspectos.

En primer lugar, los sectores sociales y económicos alienados de la arena partidaria nacional en los procesos electorales previos encuentran en Mauricio Macri una referencia política propia. Ello no significa que se haya sellado una alianza política duradera, por la cual el jefe de Gobierno se convierta en el representante que organice y enuncie los intereses de este sector social. Los avatares de la campaña política porteña y nacional han demostrado que Macri está dispuesto a ajustar su discurso de campaña a las necesidades de sumar votos, algo que no coincide con los intereses de los sectores mencionados. Sucede que, como ha señalado Federico Montero en un artículo reciente<sup>1</sup> la oposición corporativa al gobierno promueve estrategias de oposición frontal, mientras que para la oposición partidaria un discurso negativo radicalizado podría ser contraproducente, especialmente en un contexto de elecciones eje-

**EL KIRCHNERISMO EN EL GOBIERNO HA CONFIGURADO UN MOVIMIENTO POLÍTICO POPULAR Y COMPLEJO, CON EL SECTOR MAYORITARIO DEL PERONISMO COMO COLUMNA VERTEBRAL, QUE CUENTA CON CANALES INFORMALES DE PARTICIPACIÓN DE LA CIUDADANÍA A TRAVÉS DE DISTINTOS TIPOS DE ORGANIZACIÓN SOCIAL Y PARTIDARIA, CON UN LIDERAZGO RECONOCIDO Y UNA AGENDA REFORMISTA.**

**EL OTRO POLO DEL CAMPO POLÍTICO (QUE INCLUYE A SECTORES NO PERONISTAS Y TAMBIÉN A VARIADOS GRUPOS PERONISTAS DISIDENTES) SE ORGANIZA EN TORNO DE UNA AGENDA NEGATIVA, ENUNCIADA DESDE SECTORES AJENOS A LA POLÍTICA PARTIDARIA. LA DEPENDENCIA ABSOLUTA DE LOS REFERENTES POLÍTICOS DE OPOSICIÓN RESPECTO DEL DISCURSO DE LAS CORPORACIONES HA SIDO LA PRINCIPAL CAUSA DE SU RECURRENTE FRACASO EN LA DISPUTA INTERPARTIDARIA.**

**EL GRADO DE POLARIZACIÓN DE LA CAMPAÑA 2015 Y LA TRAYECTORIA POLÍTICA Y SOCIAL DE MACRI SON FACTORES QUE CONTRIBUYEN A UN GRADO DE ARTICULACIÓN ENTRE SECTORES SOCIALES Y POLÍTICOS QUE NO SE HABÍA CORROBORADO EN LAS ELECCIONES PREVIAS, Y CONSTITUYEN UNA NOVEDAD DEL ESCENARIO ACTUAL.**

cutivas y relativa tranquilidad económica. La coexistencia de estas dos estrategias en el campo opositor (que podríamos denominar “antikirchnerista” o “postkirchnerista”) han sido pobremente articuladas por los referentes opositores, sujetos a la tensión de la necesidad de responder a las corporaciones que los sostienen o a los electorados que pretenden conquistar. Los ejemplos de Sergio Massa (quien fracasó en mantener su discurso de “mantener lo bueno y cambiar lo malo”) y Francisco de Narváez (quien fracasó igualmente en su intento de hegemonizar un discurso antikirchnerista exacerbado) son elocuentes.

No obstante estas dificultades, el grado de polarización de la campaña 2015 y la trayectoria política y social de Macri son factores que contribuyen a un grado de articulación entre sectores sociales y políticos que no se había corroborado en las elecciones previas, y constituyen una novedad del escenario actual.

La segunda característica novedosa del proceso electoral 2015 corresponde al Frente para la Victoria. La candidatura presidencial de Daniel Scioli constituye un verdadero desafío para el kirchnerismo y para la continuidad de su agenda. Poco afecto a la disputa política desde el llano, el movimiento político que dirige Cristina Fernández optó por apoyar la candidatura presidencial del gobernador bonaerense, quien ha ostentado en los últimos diez años altos índices de adhesión ciudadana. Scioli, por su parte, se ha mantenido fiel a la estrategia de jugar su popularidad hacia el interior del Frente para la Victoria, en la convicción de que una postulación por fuera del dispositivo oficialista lo hubiera marginado de la disputa política. Si la estrategia resulta exitosa y la fórmula Scioli-Zannini alcanza la presidencia, el Frente para la Victoria deberá superar la prueba de la institucionali-

zación, es decir, de encontrar un mecanismo y un espacio en el cual se procesen conflictos internos sin recurrir exclusivamente a la “lapicera” o a la decisión desde el vértice del gobierno. Si nos guiamos por la experiencia peronista previa, deberíamos ser pesimistas respecto de la capacidad de un líder partidario para condicionar a un presidente del mismo partido. No obstante, la popularidad de Cristina Fernández luego de 12 años de gobiernos kirchneristas le dan un margen nada despreciable de capital político (con el que no contaron Carlos Menem o Eduardo Duhalde), especialmente para articular productivamente la extrema heterogeneidad de un movimiento político, en el cual el candidato presidencial habita como referente de un sector interno y no como referente del conjunto. El propio candidato da cuenta de esta situación al presentarse ante propios y ajenos como el candidato confiable, garante al mismo tiempo de la continuidad de las políticas desarrolladas por el kirchnerismo y de una estabilidad económica sin conflictividad social. En esta ambigua promesa el gobernador bonaerense pone en juego su representatividad frente a toda la ciudadanía y frente a todos los grupos sociales movilizados.

Este último punto también constituye un desafío para el kirchnerismo, en caso de continuar en el poder por otro período. Desde el 22% obtenido por Néstor Kirchner, el Frente para la Victoria ha fusionado representatividad con eficiencia, logros de gestión con conducción política. En el marco de una coyuntura económica internacional compleja, en la que la crisis del capitalismo global continúa asediando a los principales centros de poder, mientras que las alternativas al neoliberalismo también atraviesan coyunturas a la baja, mantener el rumbo constituye una promesa sustantiva y no exenta de conflictos, y en la administración de dichas tensiones se juega la continuidad del movimiento político y la representatividad de su liderazgo.

Por supuesto, en la administración de las tensiones provenientes de “mantener el rumbo”, también se juega el destino de nuestro país. La reorganización del orden mundial está en curso, y la contingencia de la decisión política parece ser la clave para, de una vez por todas, situar a nuestro país y a nuestra región en un camino diferente al transitado en los períodos previos. Pero, por supuesto, el debate sobre estos problemas es posterior a la primera de las batallas democráticas entre las dos coaliciones sociales que hemos mencionado: la contienda electoral. •

#### Nota

<sup>1</sup> <http://horizontesdelsur.com.ar/wp-content/uploads/2015/07/27.Montero.pdf>.